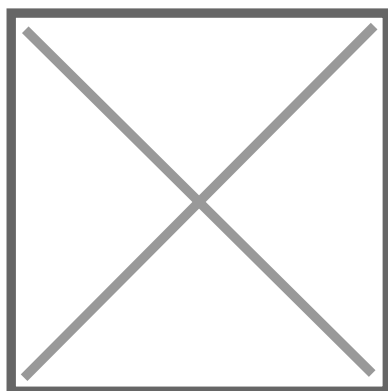




Crónica Literaria

Crónicas de Roma, por Pedro Lira (Edit. Andrés Bello).— La pompa de la corte pontificia no deslumbró a nuestro Embajador ante el Papa. La describe en una prosa sencilla y su tono es sin exaltaciones. Verdad que también por tal terreno conviene andarse diplomáticamente y evitar los escollos. Una de los que el Vaticano está sembrado, después del Concilio, una de las protestas que se formulan es la vieja cuestión de las solemnidades litúrgicas y palaciegas, el oro, los mármoles, las procesiones rutilantes, las capas de seda de los dignatarios, los galonados uniformes de la guardia, todo ese esplendor mundano, puro paganismo oriental, sin un átomo del Evangelio.

— ¿Cómo conciliar la majestad prestada con la pobreza del Pescador? Una seria y edificante meditación se impone los espíritus (pág. 233). La figura del Papa surge en un cuadro esplendoroso. Su escarabajo es una Basílica, majestuosa e imponente; el cortejo que le sigue es brillante y lo rodea una multitud de fieles que lo aclaman. ¿Por qué se admite esa pompa? ¿A qué tal solemnidad?

A estas reflexiones, que no son del autor, sino de Su Santidad, sucede una conclusión discutible. Para unos, esa espectáculo anticipa visiones de la Iglesia triunfante, es una imagen del Paraíso y un homenaje, no a la persona material que pasa sentada en un trono, sobre andas, sino a Cristo, a una idea incorporada en la cual se ha depositado la fe. Otros querían ver al sucesor de Pedro calzando "las sandalias del pescador", en la mano una caña o un cayado rústico, sobre las espaldas una piel pastoril.

Cuestión de punto de vista.

El de Pedro Lira equilibra los contrarios en un término medio prudente. Cree que las ceremonias continuarán cuando sean necesarias y que, a su turno, habrá el Papa despojarse de su boato para acudir en auxilio de los pobres vestidos como pobre.

Con naturalidad, sin énfasis, va el cronista de una cuestión pomposa y grave a otra, seria y profunda, inquietante, melancólica: la vida del Padre Teilhard de Chardin, su humildad, su obediencia, su silencio y la repercusión (resonancia) de un pensamiento sobrehumano que se ha difundido después de su muerte, cuando cesaron sus deportaciones, agitando los espíritus y estableciendo zozobras que él no quería, pero no pudo evitar. Sabio y creyente, hombre de ciencia y de fe, anhela angustiosamente la concordancia de lo finito y lo infinito y afronta con audacia hipótesis desesperadas. "Si Dios no existe, si no existe el alma inmortal y no hay, por tanto, premios ni castigos, buenos ni malos..." He ahí el abismo. El jesuita se asoma a él. Es un hombre sincero. Se somete a la Orden y nunca la abandonó. Pero... Ahí está el pavoroso interrogante, la esfinge, el enigma. La víctima se somete. Quedan, por desgracia, los discípulos y admiradores para quienes no es un obstáculo la rebeldía y el fermento se propaga, estremeciendo las conciencias. "La noción bergsoniana de la Evolución —pág. 87— la había causado una impresión profunda. Se propuso mejorarla y, en lo posible, bautizarla. Tanto influyó esta noción central en sus trabajos todos que el mismo nos ha

dejado un resumen de su pensamiento en estas frases: "Creo que el universo está en evolución. Creo que la Evolución va hacia el Espíritu. Creo que el Espíritu tiene su término en el Dios personal. Creo que el Dios personal supremo es el Cristo universal". No se negará que, como oración, difiere de la tradicional más que la nueva liturgia de las antiguas ceremonias y está en el alma de los transiernos revolucionarios.

Pueden considerarse artículos de actualidad los que Pedro Lira dedica al pensamiento de Mounier con su influjo sobre la revolución comunitaria y la política tendiente a "renovar las viejas estructuras desde su base, empujando por dentro", según la fraseología que los demagogos han puesto en boga. Tendencia que viene a parar en los "mitisias", la acción inmediata. Para usar las palabras sin eufemismos, en el salvajismo primitivo arrasador. Citamos, pág. 94: "El régimen capitalista ha de ser cambiado desde sus bases constitucionales hasta sus últimas aplicaciones reglamentarias. Algo de esto sabemos en Chile (año 1966). El instrumento del cambio tiene que ser el pueblo: su meta, el lograr un régimen comunitario cristiano. ¿Cómo lograrlo? No se dice claramente. Mounier desdena las aplicaciones concretas y sus ideas básicas quedan, así, flotando en el espacio sin descender jamás a la realidad política y jurídica. Una y otra vez nos habla del nuevo Renacimiento, fundado tal vez en la nueva Edad Media que había evocado su maestro Berdisaif". Queda aventado el sistema democrático, sin duda, imperfecto, que presenta vacíos y plantas incógnitas, pero lo menos malo y lo más seguro describirlo hasta hoy por el hombre para gobernarse y el único que permite constantes rectificaciones sin cortar las raíces, sin extirpar el árbol. Entre sus peligros, el máximo, el pésimo, lo encarna el extremismo: endiosando al pueblo, para someterlo, otorgándole una especie de infalibilidad utópica, para administrarlo, sirve de instrumento a la ambición personal, a la oratoria alucinante, al caudillaje frenético que empuja a las masas deslumbrándolas. ¿Quién sujetará el ensueño desbordado? Los cincuenta años de estado policial soviético lo enseñan. No se fuerza, forma y deforma la naturaleza humana en un día, ni aun bajo la falacia del "progresismo" que hace estragos en la Iglesia. En ese trayecto de los grandes sedadores, que de Mounier pasa a Maritain y de éste, haciendo un celestial arco, toca las hipótesis de Teilhard de Chardin, parece brusca la caída al marxismo organizado, militante, totalitario y férreo, como régimen penitenciario. Pero es lógico. Perdido el pie en tierra, el globo se suelta y estalla.

Bordeando precipicios con marcha ligera, Pedro Lira logra conservar su optimismo, una visión del viajero curioso y un tacto de diplomático que no le dice todo.

Las "Crónicas de Roma", agradables y fáciles de leer, dejan en último término una impresión casi reconfortante. Diríase un camino de terreno sólido que permitiese pisar confiadamente, pese a los movedizos arenales y las alimañas agresivas, al acecho.

Como la pompa no lo ofusca, el abismo no le da vértigos.

H.D.A.

Crónicas de Roma [artículo] H.D.A.

AUTORÍA

H.D.A.

FECHA DE PUBLICACIÓN

1969

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Crónicas de Roma [artículo] H.D.A.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile